

EL ENSAYO GENEROSO DE LOS DURVILLE

La Barbarie y el Prejuicio Sexual Latinos, se Resisten Aún al Desnudo Integral

Por E. GUIBOURG

(CORRESPONSAL PERMANENTE DE
"CRITICA" EN PARIS)

Si al favor de la estación estival el movimiento nudista parece cobrar cada año mayor impulso en Alemania y en los países nórdicos, ¿cuáles son los resultados a que dentro de la misma concepción se ha arribado en Francia? La pregunta nos interesa a los latinos, puesto que sólo el ejemplo que alcance a dar Francia nos moverá a la imitación. Ya tendremos oportunidad de ir algún día a lugares donde con absoluto candor se ejercita el desnudo integral, pero desde ya digamos que a causa del rigor de la ley la tal práctica no aparece todavía ni corriente ni frecuente. ¿Nada más que temor a la ley? No lo creamos. Véase, más vale, una sujeción a los dictados del pudor, esa camisa que lo que llamamos moral nos ha puesto, esa desconfianza en nuestros propios sentidos que nuestra barbarie sexual nos inspira. No iremos, pues, por ahora, al bosque vedado en busca de faunos y de ninfas en reposo. En cambio, a la saga de una caravana dominguera hemos de llegar al foco de una tendencia que merced a las medias tintas de una relativa moderación gana día a día adeptos, por centenares, al culto del sol y del aire libre. Pero, eso sí, nos pondremos un taparrabo. No se engañe el lector, que no nos proponemos conducirle a las playas de Deauville o de Biarritz, donde todo el París elegante y juerguista se apela y donde las damas de los diversos mundos, el gran mundo, el "demimundo", la grande y la pequeña burguesía, exponen sus formas dibujadas por chillones trajes de baño y se cuecen hasta obtener el yodado obligatorio. ¿A quién que no sea un insociable o un palurdo puede llamar la atención ese alternar de curvas y de rec-

tas en la arena? El convoy de día festivo al que se nos ha dado por seguir hoy, nos llevará a un campo donde aquella helioterapia empírica de las playas de moda se trueca en sistema racional. ¿Por qué paradoja de hipocresía social la frivolidad de las playeras expositoras de encantos y desencantos suele fruncirse en rictus de repugnancia si ante ellas se alude a la vida de relación naturista, que consideran como una logia demoníaca o por lo menos cual un grosero atentado a las costumbres decentes? Del mismo modo toda campaña en pro del desnudo integral, por mucho que esté enderezada a la conquista de la salud ética y física véase perseguida con saña por las autoridades; los tartufos allanan los quioscos y escaparates de librerías, abandonando en cambio a la venta ostensible toda suerte de publicaciones de pornografía sin reatos, desde la tarjeta postal para el extranjero ávido de sensaciones prohibidas hasta la revistilla que aviva al adolescente.

En el Medán zolesco

A una hora de París estamos en Medán, lugar silvestre en que Emilio Zola acogía a sus compañeros de arte y donde se escribieron las "Veladas", estentórea clamada del naturalismo consolidado, acontecimiento que en su cincuentenario acaba de celebrarse con solemnidad bajo el patrocinio del sobreviviente de aquel conáculo, León Hennique. Esta vez la peregrinación no nos conduce al homenaje en memoria de un jefe de escuela literaria, menos discutido a lo largo del tiempo; no pasaremos, por cierto, sin emoción delante de la casa rústica en un rincón de la isla, en la que los entusiastas revolucionarios de la prosa se congregaban al derredor del maestro; ni dejaremos de evocar la figura fulminante de éste como si le viéramos pasearse por los senderos enmarañados o llegar-se hasta el castillejo cercano que por sobre la correntada asoma entre árboles en la otra orilla y que fue donado por el pontifice

batallador a una obra de beneficencia. Pero la remembranza del naturalismo literario se disipará al contacto de una realidad llamativa, la del naturismo en acción y casi ni repararemos en que hay un parentesco etimológico que liga ambas cosas.

Hemos descendido del vagón en Villennes-sur-Seine y para orientarnos esperamos que se ponga en marcha la gente que ha llenado el andén. Las cajas de sardinas del incómodo

tren han volcado una carga que ensaya con gozo los pulmones y trasada una alegría humilde de domingo. Algunas mujeres, casualmente las más jóvenes y más bonitas, calzan sandalias sobre los pies desnudos. Algunos hombres mueven con holgura el cuello en el indulto de la camisa de sport. En las solapas lucen una insignia de agrupación, botón en el que se lee: SOCIEDAD NATURISTA 1930.

A cien pasos, contiguo al silencio de una vieja iglesita que sería hosca sin las molduras del pórtico, el rumor de un mercado bajo toldos, en la plazuela. Aguardemos a que los paseantes recojan sus provisiones de verduras, frutas y quesos y sigámosles al paso corto en el macadam de una calzada ascendente por entre floridas verjas de villas aletargadas. Antes de media legua a pérgola que concede elegancia a restaurantes veraniegos nos indica la ribera del Sena y la vecindad del embarcadero. En curva cortante de escasos segundos la lancha nos habrá dejado en las puertas de Fisiópolis, como lo están gritando las enormes letras que ornan el hangar de la entrada. Puesto que carecemos de insignia, dos francos nos acordarán la boleta de visitantes. Todo el mundo ofrece cara amable, así el botero como los encargados del galpón, que es un enorme depósito de canoas de regatas.

Inquirimos al azar:

—¿Para ver a los doctores Durville?

—¡Síganme!, responde una voz. Es la de un hombretón recio, sin otra vestimenta que un esbozo de "slip". Soporta en cada mano una jarra rebosante de

agua e inicia con decisión la marcha hacia el interior de la isla por caminitos a la vera de alambrados. Delante de nosotros las angulosas nalgas que el trapo no involucra marcan un ritmo pausado. Ya a la vista el estadio, el hombre de las jarras vuelve a hablarnos:

—La última de las carpas de cemento, a la derecha.

Invitación a la comodidad

¿Quién no conoce en París a los doctores Gastón y Andrés Durville? Son los jóvenes apóstoles del naturismo. En el mundo médico se les respeta, lo que basta para señalar la seriedad de su labor. Andrés es un atleta de treinta años, Gastón le lleva diez, pero es quizás todavía más ágil por más nervioso. Constituyen un viviente ejemplo de los resultados que su denodada prédica garantiza. Los más austeros diarios no vacilan en abrirles sus columnas a fin de que periódicamente expongan con claridad y precisión sus concepciones que encuentran así propaganda de mayor difusión que la que les permite la revista especializada. Son los autores de volúmenes minuciosos como "El arte de vivir mucho", "El arte de ser dichoso", "La cura naturista", "La cocina sana", "El ar-

te de leer el carácter, el temperamento y la predisposiciones enfermizas mediante el examen del rostro", "La cura mental", etcétera. En la calle Cimarosa atienden el Instituto Naturista por el que desfilan los enfermos escépticos de la medicina corriente y los que han perdido la esperanza en las drogas. Se les admira y se les quiere.

Pasamos orillando el estadio donde grupos tupidos de hombres y mujeres, ellos en simple slip y ellas con slip y portaseños, hacen piruetas o juegan con grandes balones. En torno a la pista se yerguen casuchas en fibramento sobre armadura de fierro te, todas de un mismo tipo y cada una rodeada de un jardincito. Priman los rosales. Una joven muy hermosa que

cultiva sus flores está acaparada en sus movimientos por indiscretos operadores de cine, obesos individuos que hacen una figura un tanto ridícula, desbordantes de carne en sus trajes de baño. Los iniciados de la pista acusan todos una línea harto más armoniosa, y el contraste con la silueta de los intrusos es violento. Si hay una fuerza de convicción en el espectáculo sin duda reside en la esbeltez y gracia de las mujeres y en las anchas espaldas y cinturas cimbreñas de los mozos. Un temor nos asalta. ¿Nos irán a hacer desvestir?

Al pasar

Damos con el menor de los Durville, quien tolerante, nos tranquiliza:

—No se permite pisar el recinto del estadio sin haberse quitado previamente la ropa ciudadana. Mas, en compensación, los visitantes tienen el derecho de recorrer las sendas de la isla en la indumentaria que quieran. Y como el estadio no está ceñido por muros ni barreras sino por caminos, puede observarse sin trabas lo que dentro de

él ocurre. Contamos con más de un adepto, sobre todo mujeres, que todavía vacilan en mostrar la piel y se entrenan contemplando a los otros. A las dos sesiones de adoptar el slip no cabe que le haya costado tanto.

Le pedimos la venia para pasear a nuestro antojo y salimos a curiosear por los rincones. Las carpas de cemento se van poblando, al mismo tiempo que aquí y allá crecen algunas de lona. En un santiamén el que en ellas entra vestido emerge todo jubiloso brindando al sol su anatomía y se dedica al alijo de la pequeña parcela de su propiedad,

enciende el fuego para cocinar, se estira en un sillón-tijera o corre a saltitos rumbo a la pista. Hay muchos que careciendo de carpas se desvisten entre las zarzas y dejan las ropas balanceándose en algún arbusto.



Dos hermanos

Nos acercamos a una pareja que a la sombra escasa de un matorral ha puesto en equilibrio sobre unas piedras una olla con fideos. Ella busca ramitas y él, de rodillas, sopla en la hornalla improvisada. Como los interpe-lamos, un movimiento de sor-presa repercute sobre la cacero-la y la mitad de los fideos cae en las brasas.

—Yo soy húngaro, — nos di-ce él. Y ésta es mi hermana, a quien la geografía de la post guerra ha hecho rumana. Era-mos labriegos y en la vida de las usinas de la "banlieue" pa-risiense nos falta el sol. No per-tenecemos a la Sociedad Natu-rista pero somos vegetarianos y consideramos sanos este ambien-te y estos hábitos.

El sol pica. La ropa empieza a pesarnos. Se nos ocurre que la gente debe mirarnos como a fe-nómenos o como a enfermos que se empecinan en vivir ahogándo-se. Ya no aguantamos el saco y lo llevamos al brazo.

Vemos armar cerca de la ori-lla del río un bungalow coqueto y diminuto, en tan poco tiempo que nos parece obra de presti-digitación. Tenemos miedo de que los ajustadores de ese rom-pecabezas se equivoquen en el orden de los pedazos, como su-cede en una vertiginosa pelícu-la de Buster Keaton y coloquen la puerta en el sitio de la ven-tana. Cuatro clavos últimos y queda fijado al nivel del alféi-zar el cajón destinado a mace-tas floridas.

Reconocemos en uno de los ardorosos obreros al joven doc-tor Regnault (un descendiente del pintor de la "Salomé"), el encargado de la sección de na-tación y canoaje en la isla. El nos explica que los terrenos so-bre el río se han distribuido en

lotes más grandes que los que contornean los estadios y si en unos sólo se consienten carpas bajas y uniformes, en los otros pueden elevarse pabellones más cómodos, siempre que tampoco excedan de una medida deter-minada. Los doctores Durville compraron la isla de su propio peculio. Ahora quedan contados lotes sin su propietario-socio que pudo disponer de unos pocos mi-les de francos. La cuota de afi-liado más alta por año es la de cien francos, que paga el jefe de familia. Son más de mil los ad-herentes con plenos derechos. Los naturistas practicantes que viven en contacto con la agrupa-ción ascienden en Francia a treinta mil.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA